



Fiesta de la Fundación

Las ideas de esta columna fueron tomadas en gran parte del artículo por Michael Pakaluk en *The Catholic Thing* el 3 de Abril 2018.

El Domingo no es suficientemente grande para la Pascua. Se necesita toda una temporada—cincuenta días de fiesta después de cuarenta días de ayuno—para captar el estupendo misterio de la piedra rodada fuera de la tumba.

El obstáculo inmóvil de la piedra que marca el entierro de Jesús contrasta con la estrella en el cielo que señala Su nacimiento. Así también la temporada del regreso del Señor a Su Padre nos vincula inversamente al tiempo de Su venida para vivir con nosotros como hombre. “La Navidad es una fiesta del *mundo*”, dice Michael Pakaluk; “la Pascua . . . es una fiesta de la *Iglesia*”.

“Al mundo le encanta celebrar una temporada de Navidad”, observa Pakaluk. Mientras los villancicos llenan el aire, la compra de regalos hace que la economía se mueva. En llamativo contraste a los colores penumbrosos del invierno, la iluminación festiva brilla en las calles de la ciudad, en tiendas, en casas y en los árboles dentro de ellas. Puede ser

que “Felices Fiestas” reemplazca “Feliz Navidad”, pero las celebraciones seculares avanzan alegremente.

Nosotros los Cristianos mantenemos la temporada de Navidad porque Jesús es la razón por ella, pero nuestra memoria *como Iglesia* no se regresa directamente al evento en sí. Para llegar al pesebre del inicio, debemos primero entrar a la tumba en el final. Es extraño decir pero es verdad: la historia de la Navidad no se puede contar si no por la Pascua.

En Belén, mientras María y José se maravillaron ante el Niño recién nacido, no había Iglesia que los acompañara en asombro, ni había Iglesia que difundiera la noticia del Mesías nacido; porque no fue hasta treinta años después que la Iglesia naciera del lado del Crucificado. Aquellos que fueron testigos de Su nacimiento surgieron de la oscuridad y regresaron a ella. Los evangelistas no nombraron a ninguno de ellos, ni dicen qué se fue de ellos después. Todo lo que sabemos es que los pastores regresaron a sus rebaños y los Magos a su patria. Nadie los envió como testigos de lo que habían visto ni se les dijo que dieran a saber lo que significaba. La Gran Comisión solo podía llegar después de la muerte y resurrección del Hijo de María.

Pero el comercio de la Navidad, que crece cada vez más, empequeñece la corta duración del mercadeo Pascual. Por eso la fiesta del Cristo Resucitado no provoque

la celebración cívica desbordante que rodea la fiesta del Cristo Nacido. A medida que la oscuridad cansante del invierno da paso a la luz vigorizante de la primavera, el encanto de la naturaleza revivienda absorbe cada vez más la atención, la energía, y el tiempo de la cultura. No hay temporada Pascual para el mundo.

No se preocupen, dice Michael Pakaluk. “La Pascua no es . . . para el mundo: es para la Iglesia”. El Cristo Resucitado manifestó Su victoria para aquellos que creyeron en Él y lo siguieron, no para el mundo que lo rechazó y lo derrotó. Como proclamó San Pedro, “Dios concedió que [este hombre] fuera visible, no para todas las personas, pero para nosotros, los testigos escogidos por Dios por adelantado” –testigos entrenados y probados para su misión y enviados por el Maestro Mismo para ser Sus Apóstoles al mundo. “El que los escuche a ustedes me escucha a Mí”, Él les dijo: “y el que los rechace a ustedes Me rechaza a Mí”.

Por el diseño de Dios, la Pascua es una fiesta *Apostólica*. Sin el testimonio de los Apóstoles no habría Misterio Pascual porque no habría Iglesia para vivirlo. Nuestra fe católica está fundada en esta Tradición Apostólica y nunca puede ir más allá de ella.

El Misterio Pascual—la Muerte, la Resurrección, y la Ascensión del Hijo de Dios, y el envío del Espíritu Santo—fue revelado a la Iglesia, no al mundo, para que “el mundo pudiera ser salvado” por

el Evangelio predicado y vivido por la Iglesia de Jesucristo.